

LA RESPONSABILIDAD

por Francisco-Manuel Nácher

La responsabilidad es la primera consecuencia del ejercicio de la libertad. Podríamos definirla como *“la deuda contraída con nuestros semejantes como consecuencia de los efectos producidos sobre ellos por nuestros pensamientos, palabras, deseos y acciones”*.

Claro que esta definición desemboca, inevitablemente, en la Ley de Acción y Reacción o del Karma, que nos hace pagar esa deuda o cobrar ese crédito para equilibrar el balance de nuestro devenir evolutivo.

Lo malo del error en el ejercicio de nuestro libre albedrío no es el por las religiones denominado “castigo” y por nosotros “retribución”, sino el daño que causamos a los demás.

Hemos de ser conscientes de que cada uno de nosotros es, permanentemente y de modo inevitable, alumno y maestro.

Como alumnos, aprendemos de aquéllos que saben más o se comportan mejor e, incluso, de los que saben menos y se comportan peor, si sabemos utilizar adecuadamente nuestro discernimiento - desarrollándolo así - que nos ayuda a diferenciar el grano de la paja, lo importante de lo accesorio, para centrarnos en lo primero, la luz, la verdad, desechando lo segundo, el error y, ordinariamente, la víscera.

Y, como maestros que, sin quererlo, todos somos, porque todos nuestros allegados, parientes, amigos y conocidos, inconscientemente, nos miran y, como tienen su propia mente, la utilizan, y extraen sus propias conclusiones sobre nuestras palabras y obras, unos para imitarnos y otros para censurarnos, estamos permanentemente influenciando a los demás.

Y ahí está el verdadero peligro: Que quienes nos observan, es lógico que esperen de nosotros que, desde su punto de vista, seamos consecuentes con nuestras ideas y palabras que conocen. Porque, de modo también automático, todos tendemos a idealizar a los demás, en base a nuestras propias aspiraciones y carencias de verdad, de bondad y de belleza, atribuyéndoles o, mejor, esperando de ellos, que encarnen esos ideales. Y entonces ocurre que, generalmente, no somos capaces de estar a la altura de las circunstancias, sencillamente porque no somos perfectos.

Por supuesto, como he dicho, como simples ciudadanos, como hombres y mujeres, como empleados o funcionarios, jefes o ejecutivos,

abuelos o nietos, como miembros de asociaciones o sociedades o agrupaciones de cualquier tipo, podemos evitar, aunque difícilmente, mirar a los demás y reflexionar sobre ellos y sus conductas. Pero, lo que no podemos hacer, porque no está en nuestras manos, es evitar que los demás nos observen y nos estudien y nos analicen y nos miren con lupa - con su propia lupa, teñida con el color de sus negatividades - y hasta que nos diseccionen, y extraigan las conclusiones oportunas.

Y ahí es donde radica la parte profunda, incontrolable de la responsabilidad. Ahí es donde más debemos esforzarnos por estar a la altura de las circunstancias, de las circunstancias esperadas o deseadas por los otros. Eso implica una atención especial a nuestros defectos, que quienes nos observan no nos disculparán. Y, en ese sentido, precisamente esos que nos observan se convierten automáticamente en nuestros maestros, en virtud de esa observación y de la crítica subsiguiente, a la que nos someten de modo permanente y de la que, más o menos conscientemente, todos somos sabedores.

Por eso, porque todos somos maestros y discípulos y somos observados, pero no somos perfectos, es por lo que Cristo hizo aquella afirmación un tanto incomprensible: *“Es necesario que exista el escándalo”*.

Para ilustrar esto, voy a poner un ejemplo: El mecánico de un taller de automóviles rosca mal un tornillo; la mala colocación del tornillo provoca que el coche pierda una rueda en carretera; la pérdida de la rueda hace volcar el coche; el vuelco del coche provoca la muerte del conductor; la muerte del conductor, deja viuda y tres hijos pequeños sin medios de vida; la carencia de medios de vida, de parientes y de trabajo para la madre, les obliga a abandonar la casa en que vivían alquilados; el abandono de la casa les hace vivir en la calle pidiendo limosna.

¿Puede alguien negar que el causante de este desastre fue el mecánico negligente?

Vista así la vida, contemplando el inmenso, el infinito entramado de influencias recíprocas que creamos y experimentamos a lo largo de toda nuestra existencia, se comprende por qué se nos dice que, en el fondo, todos formamos una sola unidad, que todos aportamos, todos enseñamos y todos recibimos y todos aprendemos. Y que todos somos eslabones, no sólo importantes, sino necesarios, para la evolución de la cadena de la que todos formamos parte.

Porque cada acto, cada palabra, puede terminar provocando un verdadero desastre hasta de nivel planetario.

De ahí, en base a la actuación automática de la Ley de Retribución, se comprende también la segunda parte de la afirmación de Cristo: “*¡Pero ay de aquellos que escandalicen!*”.

No obstante, no todas las consecuencias de nuestra actuación han de ser negativas. Es posible, y por tanto eso es lo que **hemos de procurar, que de nuestra actuación se derive algo bueno y hasta muy bueno**. Es el ejemplo que imagino en el poema que sigue, de mi obra “**Viaje Interior**” y que titulo

“Sólo uno más”

Sólo el postrer descenso del termómetro
 consigue congelar el bravo río.
 Y la balanza, estática y sin vida,
 la inclina el último grano de trigo.
 Sólo el último paso hace posible
 que lleguemos al punto de destino.
 Y el último escalón, en la subida,
 que ascendamos de un piso hasta otro piso.

El tren lo forman últimos vagones,
 más sólo lo completa el vagón último.
 Sólo la última gota de la lluvia
 permite al sol lucir en su camino.
 Y el último minuto en este mundo
 cierra y abre, per se, nuestro destino.
 Que lo último de algo es lo primero
 de otro algo más alto y muy distinto.

¿Y si tu sacrificio en pro de otros
 fuera el que colma y rompe el equilibrio?
 ¿O tu mano, tendida al que te pide,
 fuera el último gesto en tu destino?
 ¿Por qué no has de ser tú la última gota
 que haga lucir al sol en su camino
 y el mundo, tras tu acción, se conmocione
 y se haga un mundo nuevo y sabio y limpio?

* * *